

CAPITULO XV.

VIVIENDAS SANAS.

La mejor garantía para la civilización es el alojamiento.
B. DISRAELI.

El aseo es la elegancia del pobre.
Proverbio inglés.

Sanitas sanitatum, et omnia sanitas.
JULIO MENOCHIUS.

La virtud nunca habitó largo tiempo con la suciedad y obscenidad.
CONDÉ RUMFORD.

Sirven al hombre más servidores de los que se imagina, en toda senda huella aquello que le favorece cuando la enfermedad le pone pálido y descolorido.
JOSEF HÄBBERT.

Dícese que la salud es riqueza. Á la verdad, toda riqueza carece de valor si no hay salud. Todo hombre que vive del trabajo, ya sea físico ó intelectual, considera la salud como uno de los más valiosos bienes. Sin ella no se podría disfrutar de la vida. El sistema humano ha sido formado de modo que hace del goce uno de los fines principales de la vida física. Todo el arreglo, la estructura y las funciones del sistema humano están adaptadas hermosamente á ese fin.

El ejercicio de todo sentido es grato, el ejercicio de la vista, del oído, del gusto, del tacto y del esfuerzo muscular. ¿Qué puede ser más grato, por ejemplo, que la sensación de una salud perfecta? ¿de esa salud, que es la suma total de las fun-

ciones de la vida, debidamente llenadas? “La fruición, dice el doctor Southwood Smith, es no solamente el fin de la vida, sino también la única condición de la vida compatible con un término prolongado de la existencia. Cuanto más feliz es un ser humano, tanto más vive; cuanto más sufre, tanto más pronto muere. Agregar á la fruición, es alargar la vida; causar pena, es acortar su duración.

La felicidad es la regla de la existencia sana; el dolor y la aficción son sus condiciones excepcionales. Ni tampoco es el dolor un mal en todo; es más bien una advertencia saludable. Nos dice que hemos infringido alguna regla, violado alguna ley, desobedecido alguna obligación física. Es una advertencia para que enmendemos nuestro modo de vivir. Dice virtualmente: “Volved á la naturaleza, observad sus leyes, y devolvedos á la felicidad.” De ese modo, aunque pueda parecer paradójico, es el dolor una de las condiciones del bienestar físico del hombre; como la muerte, según el doctor Tomás Brown, es una de las condiciones de la fruición de la vida.

Para gozar de la felicidad física, tienen por lo tanto que observarse las leyes naturales. Para descubrir y observar estas leyes, ha sido dotado el hombre con el don de la razón. Si deja de ejercitar este don, si deja de cumplir con las leyes de su existencia, entonces tendrá como consecuencia natural el dolor y la enfermedad.

El hombre viola las leyes de la naturaleza en su propia persona, y sufre las consecuencias de ello. Si es ocioso y come con exceso, es castigado con la gota, la indigestión, ó la apoplejía. Bebe demasiado: se pone embotagado, tembloroso y débil; decae su apetito, disminuye su fuerza, su constitución declina; y sucumbe víctima de las numerosas enfermedades que persiguen los pasos de los borrachos.

Del mismo modo sufre la sociedad. Deja los distritos sin desagüe, y las calles sin limpieza. Se les permite á masas de la población que vivan aglomeradas en antros insalubres, medio envenenadas por el aire mefítico de la vecindad. Estalla entonces una fiebre, ó el cólera, ó la peste. La enfermedad se ex-

tiende de los miserables albergues de los pobres hasta los hogares cómodos de los ricos, llevando delante de sí la muerte y la devastación. La calamidad y el sufrimiento en que se incurre en esos casos, es puramente voluntario, porque está al alcance de todos el conocimiento necesario para alejarlos.

En donde quiera que vivan juntos un número de personas, se envenena la atmósfera, á no ser que se tomen medidas para su cambio y renovación constante. Si no hubiese suficiente ventilación, se carga el aire de ácido carbónico, producido por la respiración. Sea lo que fuere lo que despida el cuerpo, se convierte en veneno para el cuerpo si es introducido otra vez por los pulmones. De ahí la inmensa importancia del aire puro. Una deficiencia de alimento es muchísimo menos perjudicial que una deficiencia de aire puro. Toda persona que tenga más de catorce años de edad necesita sobre seiscientos pies cúbicos de espacio cerrado para aspirar durante las veinte y cuatro horas (1). Si duerme en una pieza de menores dimensiones, sufrirá más ó menos, y se aproximará gradualmente á un estado de sofocación.

Encerrad un ratón en un recipiente de vidrio, y morirá gradualmente por volver á aspirar su propio aliento. Cerrad á un hombre en un espacio limitado, y morirá del mismo modo. Los soldados ingleses perecieron en la Cueva Negra de Calcutta, porque carecían de aire puro. Por eso mueren la mitad de los niños que nacen en algunas ciudades fabriles antes de tener cinco años, principalmente porque carecen de aire puro.

(1) Donde se dan seiscientos pies cúbicos de espacio, requiere ser cambiado el aire, por ventilación, cinco veces por hora, para conservarlo puro. La mejor cantidad de espacio que debe darse á un adulto sano, es como de ochocientos pies cúbicos. El aire respirado se pone tan rápidamente impuro, que tiene que mantenerse una provisión constante de aire nuevo para hacer que sea respirable el aire del espacio cerrado. He aquí algunas de las cantidades de espacio por cabeza que se usan en la práctica:

| | |
|--|-------------------|
| Habitaciones de artesanos..... | 200 pies cúbicos. |
| Casas de alojamiento en la metrópoli..... | 240 » » |
| Dormitorios de pensión, de la Ley de Pobres..... | 300 » » |
| Reglamentos de cuarteles..... | 60 » » |
| Los mejores hospitales..... | 1,500 á 2,000 » » |

Humboldt refiere de un marinero que se estaba muriendo de fiebre en la estrecha bodega de un buque. Sus camaradas lo sacaron de su camarote para que muriese al aire libre. En vez de morir, vivió, y concluyó por sanar. Debió su cura al aire puro.

Entre los adultos, la fiebre es casi siempre resultado de respirar un aire impuro. El impuesto municipal más pesado, dice el doctor Southwood Smith, es la *contribución de fiebre*. Se calcula que en Liverpool son atacados anualmente por la fiebre unas siete mil personas, de las que mueren sobre quinientas. La fiebre ataca generalmente á las personas que tienen de veinte á treinta años, ó aquellos que generalmente tienen pequeñas familias que dependen de ellos para su sostén. Por eso resulta que las muertes causadas por la fiebre, que originan viudez y orfandad, imponen una pesadísima contribución sobre los habitantes de todas las grandes ciudades fabriles. Después de haber considerado cuidadosamente la cuestión el doctor Playfair, es de opinión que la total pérdida pecuniaria que corresponde al condado de Lanca por enfermedades y muertes que *podían ser evitadas*, alcanzan á cinco millones de libras esterlinas al año. Pero esto no es sino la pérdida física y pecuniaria. La pérdida moral es infinitamente mayor.

¿Dónde están ahora los *felices y modestos zagales* y las *dulces pastoras* de los antiguos poetas ingleses? Actualmente no se les encuentra en ninguna parte. Los Estrefon y Filis son una pareja humildísima, que viven en una cabaña de suelo enladrillado, y mantienen una familia con doce y hasta quince chelines semanales. Y tan lejos de gastar su tiempo Estrefon sentado, al lado del arroyuelo juguetón, y tocando *redondillas* en su churumbela, ¡pobre chico! apenas se puede poner á fumar una pipa, siendo tan largas las horas de su trabajo y tan cortos sus salarios. Por lo que hace á Dafne, es un patán, y no sabe leer ni escribir; ni su Cloe vale gran cosa más.

Fineas Flécher cantó así el *Hogar del Pastor*:

¡Feliz, ¡ah! tres veces feliz es la vida y la condición del pastor!
cuando las cortes son afortunadas, desdichados cortesanos! Su

pequeña cabaña, y modesta puerta segura, tiene alejada á la orgullosa Fortuna, con sus desdenes, y adulaciones bajas y serviles: ninguna traición temida interrumpe su tranquilo sueño: cantando durante el día, aprende á cuidar sus majadas: tan inocente él mismo como lo son sus mansas ovejas.

Su segura vida, que jamás puede engañarle, llena está de alegrías dulces y abundantes: las hayas de hojas lisas en alegre campiña le reciben con la más fresca sombra, hasta que ha pasado el calor del mediodía: su vida no está agitada en los mares tempestuosos del turbulento mundo, ni perdida en perezosa holganza; vive contento y lleno de dicha, cuando puede agradar á su Dios (1).

¿Adónde, oh, adónde, se ha ido este gentil pastor? ¿Se lo han tragado las máquinas telares? ¡Ay! como lo observó la señora Harris: *no existe semejante persona*. ¿Existió alguna vez? Mucho sospechamos que jamás existió fuera de la imaginación de los poetas.

Antes de la época de los ferrocarriles y de los reformadores sanitarios, era un hermoso mito la vida pastoril de los Arcadios. Los hombres del Libro Azul lo han arrojado con desprecio para siempre. Los labradores no tienen más que pocos requisitos para el aseo ó la decencia. Dos piezas para dormir y vivir en ellas, es todo lo que puede proporcionarse la familia más grande. Algunas veces sólo tienen una. La pieza de día contiene, á más de la familia, los útiles de cocina, el aparato para lavar, herramientas de agricultura y ropa sucia. En el dormitorio están mezclados indistintamente los padres y sus hijos, muchachos

- (1) *Thrice, oh, thrice happier shepherd's life and state!
When courts are happiness, unhappier pawns!
His cottage low, and safely humble gate,
Shuts out proud Fortune, with her scorns and fawns:
No feared treason break his quiet sleep:
Singing all day, his flocks he learns to keep:
Himself as innocent as are his simple sheep.*
- His certain life, that never can deceive him,
Is full of thousand sweets and rich content:
The smooth-leaved beeches in the field receive him
With coolest shades, till noontide's rage is spent:
His life is neither tost in boisterous seas
Of troublous world, nor lost in slothful ease;
Pleased and full blest he lives, when he his God can please.*

chos y muchachas, y frecuentemente duerme un huésped en la misma y única habitación, que generalmente no tiene ventana, recibiendo la luz por aberturas hechas en medio del techo de paja, y que expone á la familia á cualquiera vicisitud del tiempo. No teniendo el esposo comodidad en su casa, la busca en el despacho de cerveza. Las criaturas crecen sin decencia ó sin sujeción propia. Por lo que respecta á las mujeres é hijas medio establecidas, es muy miserable su suerte.

No ocurre con frecuencia que se hagan materia de discusión en los periódicos los asuntos de las aldeas, porque el poder de la prensa no ha alcanzado aún los remotos lugares del campo. Pero oímos algunas veces que han sido echadas abajo y arrasadas aldeas enteras, para evitar que *se hagan nidos de prole de mendigos*. Un individuo del Parlamento no temió confesar ante una comisión parlamentaria, que "había echado abajo de veinte y seis á treinta cabañas, que, si se las hubiera dejado en pie, habrían sido ocupadas por parejas recién casadas." ¿Y qué se hacen los desposeídos? Se aglomeran en las cabañas que quedan en pie, si sus dueños lo permiten; ó se aglomeran en los hospicios; ó, más generalmente, se aglomeran en las ciudades, donde hay por lo menos alguna esperanza de ocupación para sí y para sus hijos.

Nuestras ciudades fabriles no son todo lo que debieran ser: no son suficientemente limpias, sanas, ó bien ordenadas. Pero los labradores consideran hasta la miseria de las ciudades como preferible á la miseria peor de los distritos rurales; y año tras año se aglomeran en los centros de la industria fabril en busca de hogar y de trabajo. Esto llenaría volúmenes respecto del estado actual de nuestra *ponderada gente del campo, orgullo de su país*.

La condición intelectual de los labradores parece que marcha á la par de su estado físico. Los de los condados orientales están tan poco civilizados como los indigentes del este de Londres. Un informe del directorio diocesano del condado de Hereford dice que "aun existen en nuestras parroquias una gran cantidad de supersticiones de los siglos pasados. No es

rara la observancia de los días y estaciones felices y nefastos; las fases de luna son miradas con gran respeto: en una, pueden tomarse medicinas, en otra es bueno matar un cerdo; sobre las puertas de muchas casas se pueden ver varillas colocadas en forma de cruz, y se tiene mucho cuidado que no cambien de posición; y la herradura de caballo conserva su lugar antiguo sobre muchas puertas de caballerizas. Se cree devotamente en los encantos; un anillo hecho de un chelín y presentado en la comunión es un remedio indudable para las convulsiones: el pelo arrancado de la cruz del lomo de un burro y tejido en forma de cadena, para ser puesto en el pescuezo de una criatura, es poderoso para el mismo objeto, y la mano de un cadáver aplicada sobre la nuca se cree que disuelve un lobanillo. *El mal de ojo* por tanto tiempo temido en los países incultos tiene sus terrores entre nosotros; y si una persona de mala vida muere de repente, hay generalmente algunos que oyen sus señas, ó ven su fantasma. Existe, además la costumbre de comunicar las muertes á las colmenas de abejas, en la creencia de que abandonarán infaliblemente á sus dueños si no les comunica la nueva."

Sydney Smith ha dicho, con más verdad que elegancia, que en la infancia de todas las naciones, los hombres hacían la vida de cerdos, hasta los más civilizados; y si en los tiempos pasados hubieran existido *reporters* sanitarios como existen hoy, habríamos recibido indudablemente una relación de la positiva existencia y comodidades domésticas de los antiguos *zagales* y *pastoras* ingleses, muy diferente de la dada por Fineas Fletcher. Hasta los mecánicos de hoy día están más cómodamente alojados que los hidalgos con grandes propiedades territoriales de los períodos sajón y normando; y si se pudiera saber la verdad, se vería que, malo como es ahora el estado de nuestros labradores, no fué nunca mejor la condición de sus antecesores.

El primer método para elevar á un hombre sobre la vida de un animal es proporcionarle un hogar sano. El hogar es al fin la mejor escuela para el mundo. Allí crecen para hombres y

mujeres las criaturas; allí absorben su moralidad mejor ó peor, y allí son educadas su moral y su inteligencia bien ó mal. Los hombres sólo pueden ser humanizados y civilizados real y verdaderamente por medio de la institución del hogar. Hay pureza doméstica y vida moral en el hogar bueno, y corrupción individual y muerte moral en el malo.

El maestro de escuela tiene realmente muy poco que hacer con la formación del carácter de los niños. Éste se forma en el hogar, por el padre y la madre, por los hermanos, hermanas y compañeros. Poco importa lo completa que pueda ser la educación dada en las escuelas. Podrá comprender todo el campo del saber: pero si el discípulo está en la necesidad de volver diariamente á un hogar indecente, entregado á los vicios, y miserable, resultará relativamente de muy poco provecho todo ese saber. El carácter y la disposición son resultado de la educación del hogar; y si éstos, por las malas condiciones físicas y morales, son deteriorados y destruidos, puede ser que sea la cultura intelectual adquirida en la escuela más bien un instrumento para el mal que para el bien.

El hogar no debiera ser considerado únicamente como un lugar para comer y dormir, sino como un sitio donde puede preservarse el respeto propio, asegurarse la comodidad, y gozarse de los placeres domésticos. Tres cuartas partes de los vicios despreciables que degradan á la sociedad, y se agravan en crímenes que la deshonoran, se echarían atrás ante la influencia del respeto propio. Para que el hogar sea un lugar de felicidad, que ejerza influencias benéficas sobre la familia toda y especialmente sobre los niños que allí crecen, debe estar penetrado por el espíritu del bienestar del aseo, del afecto y de la inteligencia. Y para poder asegurarse de esto, es indispensable la presencia de una mujer ordenada, laboriosa y educada. Depende tanto de la mujer, que casi podríamos declarar que la felicidad ó desdicha del hogar es obra de la mujer. Ningún pueblo puede progresar más que por el mejoramiento de los hogares de la nación; y éstos sólo pueden ser mejorados sirviendo de instrumento para ello las mujeres. Ellas deben

saber cómo hacer gratos los hogares domésticos; y antes que puedan saberlo, tienen que haberlo aprendido.

Las mujeres, pues, deben tener la suficiente educación para hacerla adecuada á sus deberes en la vida real. Su educación debiera ser llevada en todo, teniendo presente su posición futura como esposas, madres y administradoras de su casa. Pero en todas las clases, aun en las más elevadas, es rara vez guiada la educación de las niñas con este propósito. Entre los trabajadores, se envía á trabajar á las muchachas; en las clases más elevadas, son enviadas á estudiar algunos cuantos adornos superficiales; y á los hombres se les deja que escojan entre ellas, muy frecuentemente con poco criterio, las futuras esposas y madres de Inglaterra.

Los hombres mismos dan muy poca ó ninguna importancia á la inteligencia ó habilidad industrial de las mujeres; y sólo descubren su valor cuando encuentran estúpidos y tristes sus hogares. Los hombres quedan vencidos por la mirada de unos ojos brillantes, por un par de mejillas sonrosadas ó por una bella figura; y cuando *se enamoran*, según el dicho común, jamás reflexionan si *el ser amado* puede remendar una camisa ó hacer un *pudding*. Sin embargo, el más sentimental de los esposos tiene que descender de su *arrobamiento* tan luego como el nudo esté echado; y entonces se percibe más que de prisa, que las hábiles manos de una mujer valen mucho más que sus miradas brillantes; y si están ausentes los requisitos de la camisa y del *pudding*, entonces ¡ay! del infortunado hombre, y ¡ay también de la desdichada mujer! Si falta en el hogar el verdadero elemento de la comodidad física, muy pronto se hace detestable; la esposa, á pesar de todo su buen aspecto, es abandonada; y la taberna separa á aquellos á quienes ha unido la ley y la iglesia.

Los hombres son desesperadamente ignorantes en lo que se relaciona con el hogar. Si pensaran por un instante sobre su importancia, no estarían tan dispuestos á precipitarse en prematuros compromisos. Los hombres ignorantes escogen igualmente mujeres ignorantes para esposas, y esto introduce en la

sociedad familias de niños, á quienes son completamente incompetentes para educar como seres racionales ó domésticos. El hogar no es hogar, sino un mero alojamiento, y á menudo muy poco *confortable* ó cómodo.

No hablamos sólo de los trabajadores más pobres, sino de los operarios mejor pagados en las grandes ciudades fabriles. Hombres que ganan dos ó tres libras esterlinas por semana, ó más que el promedio de los sueldos de los curas y escribientes de comercio, aunque gastan sumas considerables en cerveza, regatean á menudo una pequeña parte de sus ingresos, como lo es media libra esterlina semanal para tener alojamiento decente para sus hijos. ¿Cuál es la consecuencia? Se degradan á sí mismos y á sus familias. Se amontonan en inmundos barrios, en viviendas que no tienen elemento alguno de salubridad ó de decencia, donde hasta el pequeño alquiler que pagan es excesivo por las comodidades que reciben. Los resultados son inevitables, la pérdida del respeto propio, degradación de la inteligencia, quebranto de la salud física y muerte prematura. Hasta el filósofo de más elevados pensamientos, colocado en una situación semejante, gravitaría gradualmente hacia la bestialidad.

Pero la cantidad ahorrada de ese modo, ó mejor dicho no gastada en alquiler de casa, no es una economía, es un despilfarro tonto. La enfermedad causada por las malas viviendas produce frecuentes interrupciones del trabajo y desangra sobre el banco de ahorros ó la sociedad de caridad, y un descenso final y rápido hacia la contribución para mantener á los pobres. Aunque la pérdida es grande para las clases medias y superiores, no puede compararse ni por un momento con la que cae sobre las mismas clases trabajadoras, por su descuido en buscar viviendas sanas y cómodas para sus familias. Quizá no es mucho decir, el sostener que la mitad del dinero que se gasta por las sociedades de beneficencia en las grandes ciudades, puede anotarse como pérdidas pecuniarias originadas por casas malas é insalubres.

Pero aun hay otro resultado peor. El abatimiento de la salud

física producido por ello, es una de las causas principales de la embriaguez. Mr. Chadewick reconvénia una vez á un operario evidentemente discreto sobre el gasto de la mitad de sus entradas en whisky. Su contestación fué: *Señor, venid, vivid aquí, y también beberéis whisky*. Dice Mr. Leigh: "No quisiera que se entendiese que los hábitos de la embriaguez son debidos por completo á una mala condición higiénica; pero ninguna persona puede tener la experiencia que yo he tenido sin llegar á convencerse de que los hogares *insalubres* y desgraciados, la pérdida de energía *vital* y consiguientemente *industrial*, y una conciencia de falta de habilidad para dominar las circunstancias externas, inducen á muchos á huir de la depresión misera por medio de la excitación temporal de drogas nocivas y embriagadoras bebidas. Son como los marinos que luchan por un momento contra los males que les rodean, pero que al fin, no viendo esperanza alguna, se atontan con la bebida y perecen."

Puede decirse, como disculpa de esto, que la gente trabajadora tiene que ocupar necesariamente las habitaciones que se puede conseguir, y pagar los alquileres que se piden por ellas, por malas é insalubres que sean. Pero existe algo que se llama provisión y demanda, y las viviendas que ahora se proveen son realmente las que están más solicitadas á causa de lo bajo de sus alquileres. Si las clases trabajadoras huyeran de los distritos insalubres y viviendas de bajo precio, y sólo alquilasen aquellas habitaciones que tuvieran las condiciones requeridas para un hogar sano y aseado, se verían obligados los dueños de propiedades á mejorar el estado de sus casas, y levantarlas al dechado exigido por la comodidad y conveniencia. El verdadero remedio debe estar en las mismas clases trabajadoras. Que se resuelvan á elevar su precio de alquiler, y en gran parte quedará realizada la reforma.

Ya hemos manifestado cómo los patrones han hecho muchísimo por las conveniencias mejores de sus obreros, cómo los bienhechores de los pobres, tales como Peabody y lady Burdett Coutts, han adelantado la edificación de viviendas sanas.

El resultado, sin embargo, debe depender de la acción individual de las mismas clases trabajadoras. Cuando pueden elegir entre una habitación situada en una localidad sana, y otra situada en una localidad insalubre, debieran escoger la primera. Pero muy á menudo no lo hacen. Hay quizá una diferencia de seis peniques por semana en el alquiler, y, conociendo las ventajas de la salud, toman la vivienda malsana porque es la más barata. Pero el dinero que tienen que pagar las personas enfermas, por remedios, cuentas de médicos, y pérdida de salarios, excede en mucho á la cantidad economizada por el alquiler más barato, sin decir cosa alguna de la pérdida de comodidad, la falta de limpieza, y la depresión de ánimo, que es inevitable donde se respira aire corrompido.

Construir un edificio saludable cuesta poco más que construir uno malsano. Lo que se necesita por parte del constructor, es un buen conocimiento de las condiciones higiénicas, y una buena voluntad para proveer á las conveniencias debidas. El espacio de terreno ocupado por ambas casas es lo mismo; la cantidad de ladrillos y argamasa no necesita ser mayor; y el aire puro tiene el mismo precio que el aire corrupto. La luz nada cuesta.

Un hogar sano, presidido por una mujer económica y aseada, puede ser residencia del bienestar, de la virtud y de la felicidad. Puede ser la escena de toda noble relación en la vida de familia. Puede hacerse querido á un hombre por muchos recuerdos deliciosos, por las voces cariñosas de su mujer, de sus hijos y de sus vecinos. Un hogar semejante no será considerado como un nuevo nido de instinto común, sino como un sitio de educación para los jóvenes, un santuario para el corazón, un refugio para las tormentas, un grato lugar de reposo después del trabajo, un consuelo en el pesar, una satisfacción en el éxito, y un goce siempre y en todos tiempos.

Mucho se ha hecho para divulgar las doctrinas de la ciencia higiénica. No hay misterio alguno en ella, de otro modo tendríamos que haber tenido profesores para enseñarla en los colegios (como los tenemos ahora) y los graduados practicán-